el Retórico Calagurritano: «¿Cómo se hará para que nos conmovamos, no estando en nuestra mano los movimientos del ánimo? Probaré, dice, hablar también de esto. Entonces no hay más recurso que por la *imaginación* nos hemos de representar en el ánimo las imágenes de las cosas ausentes, que parezca que las miramos con los ojos, y que realmente las tenemos presentes. Aquel que las concibiere bien será eficacísimo para mover los afectos... Cuando fuere necesaria la compasión, pensemos que á nosotros mismos ha acontecido aquello de que nos quejamos, y persuadámoslo á nuestro ánimo... No tratemos la cosa como ajena: tomemos, por un poco de tiempo como propio aquel dolor. De esta manera hablaremos como hablaríamos si nos hallásemos en semejante caso. Vi muchas veces á comediantes salir del teatro aun llorando, después de haber representado algún papel muy tierno. Pues, si en los escritos ajenos sola la pronunciación acompaña así los afectos fingidos, ¿qué haremos nosotros que debemos pensar aquellas cosas (para poder movernos) como si estuviésemos en el lugar de los que peligran?» (Retór. del Padre Granada).

Los Santos y todos los predicadores fervorosos preparaban su alma, y excitaban los afectos de su corazón (que habían de comunicar á sus oyentes) con ayunos y disciplinas y vigilias y meditaciones y oraciones humildes al Señor, pasando largos ratos delante de un Crucifijo ó al pie del altar, llamando en su auxilio al Divino Maestro encerrado en el Sagrario; ó pedían la bendición á la Virgen Madre de Dios, como lo hizo el Ven. Duns Escoto, diciéndole con confianza: «*Dignare me laudare te, Virgo Sacrata.* Y con estas bendiciones celestiales el Predicador un poco antes lleno de tedio é insensibilidad siente bastante entusiasmo para subir al púlpito á donde le llama su misión divina.

CAPÍTULO VI

De la palabra exterior en relación con los conceptos, imágenes y sentimientos exteriores

Con lo expuesto en los capítulos anteriores, quedan explicadas las facultades de *ingenio*, *imaginación* y *sentimiento* que en el orador requieren Capmany y otros autores que han andado sobre sus huellas. Ahora exige la fuerza lógica del discurso, que estudiemos la palabra exterior en cuanto es medio mágico con que la Divina Providencia enriqueció al hombre, para el fin de que éste pueda comunicar por manera cabal y admirable á sus semejantes «los resultados de la gloriosa elaboración del entendimiento», y los afectos que alegran ó entristecen su corazón naturalmente expansivo (1).

Cúmplenos advertir que, conforme enseñamos al principio, siendo la Oratoria esencial y absolutamente distinta de la Retórica, que suponemos estudiada y sabida por los alumnos que se dedican á la Oratoria Sagrada, y, por otra parte, siendo cosa admitida y corriente que toda ciencia inferior no prueba los principios de otra ciencia ó arte superior en que se apoya, sino que los supone, como la música, pongo por caso, no repite ni demuestra los principios de aritmética en que aquélla tiene su fundamento, aquí sólo tocaremos de la Gramática y de la Retórica lo más preciso y rigurosamente aplicable á nuestro intento.

(1) En este capítulo estudiaremos la palabra exterior en cuanto es inmediata significación de la palabra interior, dejando para la *Pronunciación* el estudio de la voz en cuanto expresa el significado de la misma palabra exterior.

Art. I.—De las cualidades que han de tener las palabras, los períodos y todo el lenguaje oratorio.

Sabida cosa es que la *elocuencia* ó lenguaje, expresión de nuestros sentimientos y afectos, consta en primer lugar de palabras, las cuales pueden considerarse ó en su valor propio aisladamente ó en cuanto entran en la composición de las cláusulas y de los períodos.

1 *De las palabras).* Toda palabra en Oratoria, como en cualquiera otra arte, debe ser *pura* ó *castiza*, *propia*, *clara* y *fuerte*.

a) La *pureza* de una palabra está en pertenecer genuinamente al caudal de la lengua en que se predica, según el uso de los maestros del buen decir que conocen á fondo el idioma.

El Doctor San Isidoro de Sevilla en sus *Etimologías* enseña que «el habla del orador debe carecer de todo vicio en la letra, en las palabras y no menos en los períodos y en las sentencias» (1). Y esta pureza propia de la lengua en que se habla deben observar los que desean predicar correctamente. Así lo siente también el P. Granada.

Se peca contra la *pureza* ó lo castizo de la palabra, cuando se traen voces *bárbaras*, que son las que se escriben, acentúan ó pronuncian de mal modo, ó se traen, sin razón, de otra lengua (2). Algún tanto *bárbaras* son las voces anticuadas que, con título de resucitar una lengua, se adoptan no sólo en las Academias y *Juegos Florales*, que en esto no hay ningún inconveniente, sino también no pocas veces en el púlpito, quedando ininteligibles para el vulgo del auditorio. Nos parece que tan reprensibles son los predicadores *puristas* como los que invaden nuestra lengua con voces completamente bárbaras ó extranjeras, etc.

(1) *Etymolog.* Lib. I c. 18.—Madrid, 1778.—Es muy digna de leerse esta obra la más famosa de aquel que, según el Conc. VIII Toled. y San Braulio, era «*Ecclesiae Catholicae novissimum Decus... Vir egregius... in omni locutionis genere formatus..., incomparabili eloquentia clarus, etc., etc.*

(2) La *Gramática de la Academia* señala algunos otros modos de *barbarismos*.

b) La *propiedad* de las palabras consiste en que éstas no representen para el auditorio un objeto distinto de la idea que intentamos expresar en el discurso. Se dice, con razón, que el principal mérito de un autor está indudablemente en dar con acierto á cada vocablo el sentido que tiene, según el uso constante de los buenos escritores y conforme á la naturaleza de la lengua. «De la propiedad de los términos, dice Capmany, nace la *concisión* en los asuntos filosóficos, la *elegancia* en los amenos, la *energía* en los sublimes y patéticos» (1). No basta, por tanto, para ser elocuente el uso de las voces castizas.

Para saber escoger las palabras más propias, es muy conveniente el de estudio de las *etimologías* (2), de los *sinónimos* y sobre todo del *valor usual* que tiene cada vocablo.

Don Francisco Terrones (3), predicador del gran Rey Felipe II, era admirado por su especial lenguaje, no teniendo más que un vocablo para cada cosa y el más propio, no usando jamás de sinónimos.

En el púlpito se deben rechazar generalmente las voces *técnicas* ó facultativas, las cuales, con ser muy propias en sí mismas, no podrán ser muy *claras* para la mayor parte de los oyentes. Unicamente cuando se predique á ciertos auditorios de gente muy escogida, v. gr., á un Colegio de Abogados, Academia Militar; etc., etc., se podrán usar con elogio los términos de las facultades respectivas, pero todavía con templanza (4) y sin querer darse atrevidamente aires de estar al tanto de todo lo más secreto de alguna ciencia ó arte ajena á la carrera sacerdotal; porque, como dice muy bien el Padre Monsabré, se expone á dar un traspié humillante á su vanidad osada.

(1) *Filosofía de la Eloquencia*, P. I. *Propiedad de la dicción.*—Madrid, 1777.

(2) *Etymologiae cognitio saepè usum necessarium habet in interpretatione sua. Nam cum videris unde ortum est nomen, citius vim ejus intelligis. Omnis enim rei inspectio, etymologia cognita, planior est.* (Lib. I, c. 29).

(3) Nació en Andújar (Jaén), enseñó en la Universidad de Baeza y fué obispo de León. Predicaba con gran sosiego, tanto que la Infanta D.ª Isabel, Condesa de Flandes, decía: «Terrones ni se cansa ni nos cansa». Escribió una *Instrucción de Predicadores*, que no hemos visto. Murió en 1613.

(4) V. *La Reyna de la Poesía*, sermó predicat à Montserrat en la festa del romiatje dels poetas... per D. Celestí Ribera y Aguilar. 1881.

c) En todo caso, búsquese sobre todas las cosas la *claridad* en el sentido de las voces, inmensamente más necesaria en el púlpito que en ningún otro género de literatura; ya que los oyentes no pueden manifestar en voz alta no entender lo que se habla; por más que, como dice San Agustín, el auditorio con sus movimientos y ademanes no bien disimulados suele significar si ha comprendido ó no lo que se le enseña en el discurso (1).

d) Pero todavía no basta que una palabra tenga las tres cualidades susodichas, sino que además se debe escoger aquella que más interés pueda despertar en los oyentes: y en este caso la palabra recibe, por algunos escritores, el nombre de *fuerte*.

Para dar con esta energía y viveza de las palabras no es menester hojear mucho el *Diccionario de la Lengua*, porque los términos más comunes ó usados, pero puestos en lugar oportuno, se revisten á menudo de dignidad, y forman la elocuencia fuerte y robusta (2). Por eso el mismo Cicerón entendía que el apartarse del vulgar modo y común costumbre de hablar es el mayor vicio que pueda haber en el decir (3).

2 *De las oraciones y períodos).* Conocidas las cualidades de los vocablos considerados en su valor propio y aisladamente, parece bien tratar ahora de los períodos que más de ordinario se usan en oratoria conforme á la enseñanza de los Maestros (4).

Pues decimos que los períodos mejor adaptados al lenguaje oratorio son los *bimembres* (un miembro en el antecedente ó prótasis y otro en la apódosis ó conclusión), los *trimembres* (uno en el antecedente y dos en la apódosis, ó viceversa) y

(1) V. lo dicho en el cap. IV, a. 3 de esta parte y las objeciones de este capítulo.

(2) Capmany, al tratar de este asunto pone este ejemplo: «Hablando un orador del Mariscal de Turene, dice: Viéronle en la batalla de Dumas *arrancar* las armas de las manos de los soldados extranjeros *encarnizados* contra los vencidos con brutal ferocidad».

(3) V. ubi supra.

(4) Entendemos que es más propio de la *Gramática* el recordar las varias maneras de construcciones gramaticales, por más que no lo entienden así varios *Tratados de Elocuencia*.

los *cuadrimembres*, cuyos miembros se pueden combinar de los siguientes modos: *uno* en el antecedente y *tres* en la conclusión; *dos* en ambas partes, y *tres* en el antecedente y *uno* en la conclusión. Este de cuatro miembros es el preferido por Cicerón como el más á propósito para la oratoria (1).

Todavía hay una cuarta manera de composiciones llamadas por Aristóteles *campsera* ó *peribole* y, por otros autores, *rodeo periódico*, que consta de muchos miembros, y sirven por lo regular en las amplificaciones y narraciones; y, si se presentan con gallardía y buen gusto, hermosean magníficamente y dan mucha fuerza á la oración del discurso.

El V. P. Fr. Luis de Granada en un *Sermón de Pentecostés* se expresa de este modo: «Assí como el corazón humano, ninguna otra cossa haze perpetuamente, sino estar exalando de sí espíritus vitales y calor á todos los miembros del cuerpo:—assí el Espíritu Santo (como corazón de este cuerpo místico de la Iglesia) siempre está influyendo en los que son miembros deste cuerpo unidos, no sólo por fe, sino también por gracia...

» .. y assí (los Apóstoles) cada día fueron abrasando el mundo hasta llegar sus llamas á los fines de la tierra—haciendo que Dios, que solamente era conocido (y mal servido) en Judea—fuesse conocido y amado en todo el mundo.

»De manera que ellos abrasados, abrasaron; inflamados, inflamaron; heridos, hirieron; vivificados y santificados por el Espíritu del Cielo, vivificaron y santificaron la tierra.

»En esta escuela deben aprender los Predicadores para predicar las palabras vivas que dan vida; porque las palabras de corazón frío non pueden abrasar, ni las muertas dar vida...» (2).

En cualquier clase de períodos debe cuidarse de que los miembros no sean excesivamente largos de modo que se fatigue la respiración del orador, ni tan cortos que la pronunciación se interrumpa á cada instante, sino más bien deben mezclarse los mayores con los menores proporcionalmente; quiero decir, que no se junten los miembros muy largos con los otros de muy corta duración, por ser tales transiciones harto violentas y ofensivas al oído. De la feliz combinación

(1) *Constat ille ambitus et plena comprehensio e quator ferè partibus quae membra dicimus, ut aures impleat, et ne brevior sit neque longior... E quator igitur quasi exametrorum instar versuum... constat ferè plena comprehensio* (De Orat).

(2) Cualquiera estudioso puede descomponer otros modelos de lenguaje oratorio.

de las pausas y de los sonidos nace lo que los retóricos llaman *ritmo* literario-musical, de que algo trataremos.

3 *Cualidades del lenguaje).* Las cualidades del lenguaje deben ser las mismas que las de las palabras aisladas, sus componentes y, demás de ellas, el *ritmo* que forma su *armonía*

a) La *pureza* de la elocución está en combinar las voces y las frases conforme al giro peculiar y carácter genuino del idioma en que se predica. Contra esta pureza se ponen los *giros extranjeros* ó *bárbaros.*

b) La *propiedad* de la frase consiste en que se exprese adecuadamente la idea que intentamos demostrar ó persuadir. Observa muy bien Coll y Vehí que «de nada serviría que supiéramos de memoria todas las voces de un idioma, si no... correspondiesen á la idea que nos proponemos comunicar».

c) La *claridad*, según ya se ha dicho de las palabras, es aún más necesaria que todo lo anterior, porque en el púlpito no se puede volver á leer y releer, como en un libro, lo que una vez se ha oído, aunque no se haya entendido el pensamiento con toda su fuerza, Por eso «*debet maximè tacenti subvenire cura dicentis*».

Y cuenta que el estilo se hace fácilmente oscuro, cuando se abusa del hipérbaton, ó se invierte á tontas y á locas el orden natural de las palabras por el prurito de parecer uno elegante y original.

d) La *armonía* del lenguaje, supuestas las cualidades antedichas, es de lo que más ayuda á la perfección y atractivo y fuerza del estilo.

La armonía del discurso consta principalmente de dos elementos: del *sonido* y del *ritmo*.

Los elementos del sonido literario son la *voz* humana y el *oído;* las funciones de éste, dice el insigne literato musical Asenjo Barbieri, se hallan tan íntimamente relacionadas con la voz, que si él falta, ésta queda reducida casi á nulidad, y añade que «para ser buen escritor»—y con mucha más razón debe decirse del predicador—es indispensable teter buen oído músico...» (1).

(1) V. *La Música en la lengua castellana*: discurso de D. Asenjo Barbieri en su recepción en la Real Academia Española.

Para el *ritmo literario* hay que cuidar de su principal generador que es el *acento*, el cual da, no sonido sino fuerza á la palabra. No hay que confundir el *acento* peculiar de cada vocablo que algunos llaman *prosódico*, con el otro *acento enfático*, que determina más claramente la tonalidad musical.

Por donde parece que la armonía literaria resulta de la modulación de los sonidos suaves y fuertes y de la proporcionada extensión de los acentos en las voces y en los períodos (1).

—Los vicios opuestos á esta armonía y sobre todo á la parte melódica son, á lo que enseñan todos los retóricos, de tres maneras: 1.° *Hiato* cuando se tropiezan unas mismas vocales: «*María hablaba al ángel*»: 2.° *Sonsonete* ó la frecuente repetición de unas mismas sílabas ó cadencias semejantes: «*Oh Dios!... Que yo á mí mismo me desame, y tú no sólo... me ames, más aun me ruegues!...*» 3.° *Cacofonía* ó encuentro de sonidos ásperos ó de difícil pronunciación: «*Se quejó Jesús de los judíos reos de rebeldía á su redención*». Y cada región ha de aplicarse lo dicho á su propio idioma ó dialecto.

---

4 Los que no quieren tener ninguna manera de vida con cosa que indique intervención de arte humana repiten aquí que el predicador cristiano no debe tener gran cuidado acerca de la *pureza* de las palabras, y por prueba de su parecer afirman que así lo sentía San Agustín al escribir: «Cur pietatis doctorem pigeat imperitis loquentem *ossum*, potius quam *os* dicere, ne ista syllaba non ab eo quod sunt *ossa*, sed ab eo quod sunt *ora*, intelligantur, ubi afrae aures de corruptione vocalium vel productione non judicant?» (2). Todavía en España, y en tiempos más modernos, por ejemplo, San Vicente Ferrer, el gran predicador apocalíptico del siglo XV (3), y otros muchos innumerables predicadores, por

(1) Volveremos á tratar de ello en la Parte III, al hablar de la pronunciación.
(2) Doctrin. Christ. L. XIV, c. 10.
(3) V. lo dichos en el Cap. III, art. 3. Biblia, nota. Pag. 57.

otra parte sapientísimos y santos, no han tenido ningún esmero en limar sus frases oratorias, y con todo han obrado en sus predicaciones grandes y milagrosas maravillas.

—A esto se responde que hay propiamente dos maneras de palabras: en el sentido más propio *palabra* es el concepto ó verbo interior formado en nuestro entendimiento (1); y se dice también *palabra* la voz exterior significativa del concepto interior; y estas dos palabras han de unirse en una sola, siendo el concepto interior el *alma* de la palabra exterior, y ésta es como el cuerpo de la otra (2). Y no hay duda que al Predicador incumbe precaver que si las palabras orales han de tener relación con sus propios conceptos, según enseña San Isidoro (3), así es necesario la tengan también con el modo de entender de los que nos escuchan: y á esto último atendían sobremanera los santos.

Aquí ponemos por vía de ejemplo: las pa'abras *encarnar* y *encarnado*, tan usadas en Teología y en los catecismos para significar la obra inefable de la *Encarnación* del Hijo de Dios, pusieron mucha risa en la boca de cierto mozo enfermo en un Hospital, donde un sacerdote pacientemente trabajaba por enseñarle las cosas de necesidad de medio. Para aquel catequizando las palabras *encarnarse* y *encarnado* no podían significar otra cosa que lo *encarnado de los pimientos* Ni en toda la conferencia fué posible borrársele de la imaginación tan extraña semejanza.

Por lo cual debe decirse, á lo que nosotros entendemos, que, como las cosas artificiales siguen de suyo la concepción del artífice y las reglas del arte, pero por accidente atienden á la apreciación de las muchedumbres que las contemplan; de igual modo, como quiera que los sermones, y toda clase de discursos, son ciertas maneras de artefactos, claro es que el Orador en su hablar debe conformarse *per se* á las reglas de la Retórica y de la Oratoria, y *per accidens* á la capacidad más ó menos ilustrada del auditorio. En este sentido deben interpretarse las autoridades de los Santos y de los Doctores que se objetan. En estos casos se cumple lo que

(1) V. lo dicho en el cap. IV, art. 2.º de esta Parte.
(2) V. Commelerán: *Discurso de recepción en la Real Academia Española.*
(3) *Est oratio contextus verborum cum sensu. Contextus autem sine sensu non est oratio, quia non est oris ratio* (Etymol.—*De Grammatica).*

San Agustín allí mismo trae: «*Unde ait quidam, cum de tali genere locutionis ageret, esse in ea quandam diligentem negligentiam* (Cic. De Orat)».

Y por esta *diligente negligencia* podríamos decir en muchos casos lo de Lope de Vega:

«Sustento, en fin, lo que escribí, y conozco
que, aunque fueran mejor de otra manera,
no tuvieran el gusto que han tenido;
porque á veces lo que es contra lo justo
por la misma razón deleita el gusto».

Art. II.—De las figuras retóricas: Advertencia.—Figuras de dicción.—Tropos.—Figuras de pensamiento.

1 Las *figuras retóricas* son los medios para manifestar un pensamiento ó un afecto con más gracia ó con más energía.

Y porque algunos predicadores tienen el estudio de las *figuras* por cosa pueril y vana, queremos poner aquí ya desde luego lo que escribe el piadosísimo y gran predicador, el V. P. Fr. Luis de Granada, en el Cap. de los *Tropos* (1): «Comencemos ya á tratar de los *Tropos*, y con tanto mejor gusto cuanto el uso de ellos es más frecuente en los Libros profetales. Pues todos los Libros de los profetas abundan de metáforas y alegorías; por cuanto hablan de cosas muy grandes, ó cuando reprenden los vicios de los hombres, ó cuando intiman á los pecadores las penas vengadoras de sus pecados, ó bien cuando prometen grandes beneficios de la divina gracia á los hombres piadosos; y así con las semejanzas de cosas grandes suelen ellos amplificar y poner delante de los ojos las que ellos mismos llaman también muy grandes. Y para que esto claramente se vea citaré algunos lugares de los Profetas...»

Antes de poner definiciones y ejemplos de las figuras retóricas aplicadas á la Oratoria, queremos advertir que segui-

(1) Retór. Eccles. Lib. V, c. 6.

mos la clasificación de Coll y Vehí (1) quien las divide en *figuras de dicción, tropos y figuras de pensamiento*. Ni daremos muestra sino de algunas figuras por no ser posible extendernos á otra cosa en un Curso de Oratoria Sagrada que supone ya estudiada la Retórica, donde con toda extensión han de tratarse estos modos de adornos literarios.

- 2 Figuras de dicción...
  - Por adición ó supresión..
    - Disjunción (disolución).
    - Conjunción.
    - Epítetos.
  - Por repetición.....
    - Repetición.
    - Conversión.
    - Complexión.
    - Reduplicación.
    - Conduplicación
    - Epanadiplosis.
    - Concatenación.
    - Retruécano (conmutación.
  - Por combinación...
    - Sonido.....
      - Aliteración.
      - Asonancia (similiter desinens).
      - Equívoco.
      - Paranomasia.
    - Accidentes gramaticales.....
      - Derivación.
      - Polipote
      - Similicadencia (similiter cadens).
    - Significación....
      - Sinonimia.
      - Separación (paradiástole).

(1) *Elementos de Literatura*. El profesor ó el mismo estudiante puede alargarse en las definiciones y ejemplos de todas las figuras que de sobras hallarán en los *Tratados*, en los Santos Padres, y en la Biblia...

a) La *disjunción* suprime las conjunciones, la *conjunción* las multiplica, y el *epíteto* es un adjetivo que añade fuerza accidental á la idea más importante y esencial del discurso.

El Excmo. Fr. Jacinto Martínez, Obispo de la Habana, en un sermón predicado en Madrid (1871) en alabanza de Pío IX, entona el discurso poniendo por tema las palabras apocalípticas «*Magna et mirabilia sunt...*» (VI. v. 3 y 4)., y comienza: «Así se modula en el cielo el cántico de Moisés y del Cordero, en el éxtasis interminable que produce en los moradores de la verdadera tierra feliz la contemplación de las obras de Dios... Son estas voces dulces como el canto de las aves que, situadas entre ramajes olorosos, amenizan el silencio de los valles, al derramar la aurora en la tierra las hebras de luz que asoma por montes no lejanos. Son sonoras y magníficas, y, según se expresa el Discípulo amado que las oyó, se parecen á la vez al murmullo de muchas aguas, al estruendo de los truenos y á la suave melodía de mil arpas manejadas hábilmente por otros tantos artistas...»

b) La *repetición* repite las voces al principio de dicción, la *conversión* al fin, la *complexión* al principio y al fin, la *reduplicación* las repite seguidamente una tras otra, la *conduplicación* comienza un miembro con la misma palabra con que acabó el anterior, la *epanadiplosis* comienza el primer miembro con la misma palabra con que remata el último, la *concatenación* es una especie de *sorites*, y el *retruécano* repite una misma frase invirtiendo la palabras.

San Pedro Damiano en el sermón primero *De Nativit. Virginis*, decía á la inmaculada Virgen María: «Virgo Dei genitrix... clamantibus ad te jugiter revertere, revertere, Sunamitis, revertere, revertere, ut intuamur te...»

«*Moveat* te natura, potentia *moveat*...»

c) La *aliteración* repite unas mismas letras, la *asonancia* termina varios incisos con sílabas idénticas, el *equívoco* toma un mismo vocablo en sentidos diferentes, y la *paranomasia* reune dos ó más palabras que sólo se diferencian por una sola letra ó sólo una sílaba.

San Germán en el sermón de la *Presentación de María*, saludaba á la augusta Señora de este modo: «Ave, Maria, gratia plena, sanctis *sanctior*, et coelis *excelsior*, et Cherubim *gloriosior*, et Serafim *honorabilior*, et super omnem creaturam *venerabilior*...

«Sacerdotes justitia et... fidei exultatione splendidissimè *induito*. Orthodoxis principibus..., in tranquillo ac prospero statu sceptra dirige. Malefidas nationes... eorum pedibus sternens *subjicito;* subjetum-